

Bolivia, su historia:

El valor de un trabajo colectivo

Carlos Diego Mesa Gisbert

Es un privilegio presentar una obra que, creemos, es ya fundamental para la historiografía de nuestro país. La Coordinadora de Historia ha logrado plasmar un objetivo permanente de la historiografía boliviana durante las últimas décadas. La posibilidad de lograr un texto de “historia total”. Demostrar que se podía trabajar en equipo para lograr un resultado integrador desde el punto de vista intelectual, de la reflexión, del debate y, por supuesto, desde el punto de vista de la construcción de ideas que permitan desentrañar y a la vez estructurar la columna vertebral de la historia del país.

Estos seis tomos, por la naturaleza de su concepción, afrontaban un complejo desafío: coordinar y no yuxtaponer, tener la capacidad de que el debate se desarrolle previamente a la escritura para lograr coherencia y unidad en un texto coral. Unidad que no traicione las personalidades y la multiplicidad de perspectivas de sus autores. Por eso, es muy importante subrayar que los seis tomos tienen un hilo conductor vinculado a la reflexión introductoria de cada uno de ellos, en la que se hace una explicación específica de las razones del por qué se ha escogido un método determinado, por qué se ha establecido una determinada cronología, porqué se han priorizado unos temas sobre otros, por qué se ha tratado de construir, a partir del, ya citado, debate previo entre los autores, una racionalidad interna en el texto que es imprescindible para no perder su sentido último de unidad.

¿Cómo calificar los seis tomos desde su construcción cronológica? Ahí estaba uno de los problemas más complejos. Creo que el resultado es adecuado en los cuatro primeros tomos y enfrenta alguna dificultad en los últimos dos tomos. Esto porque, probablemente, la mirada del período prehispánico y del período colonial o virreinal, no ofrecían una dificultad mayor, dados los hitos evidentes generados

por los propios acontecimientos históricos. Conviene anotar también algo que muestra el segundo tomo, la reflexión sobre la cuestión del mestizaje, asunto que está aún en debate y que es parte de las tensiones ideológicas en el siglo XXI.

Uno de los aportes más interesantes en la periodización de esta obra monumental es la del tomo tres. Contra todos los antecedentes y la mirada clásica de nuestra historiografía, el citado tomo une el siglo XVIII y el principio del siglo XIX. El final del período colonial, las reformas borbónicas y el proceso de independencia, que generan una unidad y una coherencia que subsume el viejo condicionante cronológico, a favor de un dominante temático. No pasa lo mismo en los tres últimos tomos. En este punto, “Bolivia su Historia” recupera de modo definitivo e incuestionable la continuidad histórica. No es un descubrimiento de la Coordinadora de Historia, pero la idea sale a la luz incuestionablemente. Nuestra historia no está fragmentada, es una continuidad a partir de una sucesión de enlaces y a pesar de sus aparentes fracturas “irremediables”. Por eso, hay que destacar otra vez el tomo que está dedicado precisamente a uno de los momentos teóricamente más violentos de ruptura en la historia del país; el final del período colonial y el comienzo del período de independencia. El enfoque más interesante y novedoso -que no es otra cosa que la complementación de textos especializados que las autoras han desarrollado antes de este- está en el cuestionamiento estructural de lo que tradicionalmente habíamos dicho de la Guerra (1805-1825) entre patriotas y realistas, entendido hasta hoy sólo como un camino a la independencia y un quiebre total. La obra nos muestra una transición violenta, sin duda alguna, traumática también, pero que recoge elementos en los que hay herencias que quedan y que permean definitivamente nuestras identidades. Surge el desafío de leer ese momento como una especie de guerra civil, como una confrontación en el seno de una sociedad ya estructurada en sus bases sociopolíticas e identitarias en la que se disputan los espacios efectivos de poder.

Con relación al último tomo dedicado a una parte del siglo XX, tenemos alguna discrepancia. Su contenido hace un hincapié muy pronunciado sobre los movimientos indígenas, pero muy especialmente sobre el movimiento obrero. El ancla de esta parte del trabajo está en la perspectiva de los movimientos sociales como filtro para la comprensión general de lo político, lo social y lo económico. No se discute su importancia, pero si en el pasado el eje narrativo estaba en los actores políticos (jefes de estado sobre todo), generando un desequilibrio, el riesgo que anotamos es un desbalance desde la dirección inversa. A este tomo le hace falta una “compensación” que permita una lectura más integral que sí se aprecia en tomos anteriores. La otra dificultad estriba en que no hay consistencia en la definición de la “fecha de corte”. La cronología marca el “final” en el epílogo del siglo XX, estableciendo no sin razón que no se toca el siglo XXI por falta de perspectiva histórica, pero los capítulos vinculados al desarrollo de la cultura, a los símbolos y a otros temas complementarios, incluso en alguna parte

referida al desarrollo económico, sí traspasan esa línea que de manera explícita había quedado marcada en un “no vamos a entrar en el tiempo del Estado Plurinacional”. Sin embargo —como ya hemos anotado— hay lecturas sobre el Estado Plurinacional que necesitan una complementariedad porque están en la periferia del eje central de la historia que no se toca en ninguna parte de los capítulos modulares. Imaginamos que esto tuvo que ver con el imperativo de que si un autor desarrolla, por ejemplo, la creación estética no la puede cortar de raíz para ceñirse a limitaciones temporales determinadas en función de los distintos períodos de administración política.

Quizas los autores debieran haber arriesgado un poco más haciendo una lectura en profundidad del proceso político que estamos viviendo ahora, porque es fundamental para entender causas y efectos que tienen que ver con el imaginario sobre nuestro pasado y nuestra proyección de futuro. El libro, en muchos sentidos, conduce a esa ruta. Pero, a pesar de ello, queda claro cuán cerca están el período prehispánico del período colonial y cuánto tienen que ver con la resolución que hoy día estamos intentando aplicar en la sociedad contemporánea.

Esta historia propone una lógica nueva al seguir un razonamiento sobre el proceso histórico desprendido de prejuicios. Prejuicios, tradicionalmente, vinculados al sesgo histórico que tiene cada corriente de pensamiento y que condiciona fuertemente el enfoque sobre nuestro pasado. En “Bolivia Su Historia” ha predominado el profesionalismo de los historiadores, de las historiadoras, deberíamos decir pues —hay que celebrarlo— son una abrumadora mayoría de entre los veintinueve autores de este libro. Se puede percibir la fuerza de las fuentes primarias, el rigor, la importancia de los hechos, sin un afán de inventar interpretaciones a partir de ellos, sino trabajar en un constante diálogo sobre esos acontecimientos.

Uno de los logros de la obra, a pesar de la realidad intrínseca de la historia boliviana que tiene un eje dominante andinocéntrico, es su mirada integradora, que recupera y reconoce al conjunto de la sociedad boliviana en el contexto de su geografía, en la base de su pensamiento y en la impronta étnica, obviamente muy fuerte en el período prehispánico y colonial, y muy definida en sus peculiares contradicciones en el período de la República. A pesar de ello y por su propio acotamiento del tiempo histórico, no se llega a establecer la multiplicidad de miradas que tenemos hoy sobre el tema. La citada mirada andina queda siempre subyacente, pero esto tiene que ver con el hecho de que la construcción de la historia boliviana tiene un centro andino muy fuerte, nos guste o nos disguste, cuya objetivación está basada en los acontecimientos fundamentales de la construcción de la nación. Esto no quiere decir en absoluto que los textos miren de menos o traten al conjunto no andino como una sumatoria de elementos adjetivos. De hecho, esta realidad es parte del proceso de construcción del libro.

Estamos ante una obra que define una propuesta profunda y novedosa. Todo nuevo texto de historia es otra historia. La historiografía del siglo XIX y la pri-

mera mitad del siglo XX tiene ejemplos relevantes. Las historias de Cortés, de Gutiérrez, de Morales, de Finot, de Arguedas, para poner los ejemplos más llamativos, son –obviamente– otras historias. Esto viene a cuento por una razón. La teoría de las “historias oficiales”. Si pudiéramos escoger una de esas historias, cualquiera, ¿podríamos definirlas como “historia oficial”? Hemos tenido la tendencia repetitiva de asumir como historia oficial todo aquel texto que se había impuesto como texto de historia –formalmente o no– para los colegios del país. ¿Esos libros eran realmente historias oficiales? Representaban una interpretación ideológica, sin ninguna duda, pero, no estoy muy seguro de que fueran historias oficiales. Con ese razonamiento, si “Bolivia su Historia” fuera escogido como texto para colegios o para universidades ¿será considerada como la “historia oficial” que se escribió en la segunda década del siglo XIX? Sería una conclusión incorrecta. Unas historias han influido más que otras, han marcado pautas en la formación de nuestras visiones del pasado, pero, las razones de su influencia han tenido que ver más con su propio peso específico que por la imposición de sus contenidos de manera compulsiva. Inevitablemente los historiadores son hijos de su época y expresan visiones que, en general, se compadecen de su realidad y su contexto y, por supuesto, de su propia cosmovisión.

Si algo debemos rescatar de este nuevo texto, no es solamente el hecho de ser un trabajo colectivo, sino de haber sido escrito con gran honestidad intelectual. Se puede –se debe probablemente– guardar distancia, se puede tener discrepancias, se puede tener ideas más próximas o más alejadas de los capítulos y tomos que conforman su corpus, pero lo que no se puede decir, en ningún caso, es que este esfuerzo monumental no tiene fundamento científico objetivo, en tanto desarrollo profesional, no en tanto su supuesta neutralidad. Cabe aquí entender y aceptar que este trabajo sistemático y serio no está exento, no podría estarlo, de la visión de un colectivo sobre nuestro pasado, visión en la que la legítima interpretación ideológica de cada uno suma un resultado que es inevitablemente una interpretación, que a pesar de ello –como esta dicho– no traiciona ni deforma los acontecimientos que la generaron.

Complementan su presentación, y no son de menor importancia, los cuadros estadísticos, la transcripción de documentos capitales (leyes, decretos supremos, diagramas de organizaciones representativas como la COB o la CSUTCB, por ejemplo) que enriquecen los contenidos. Además, el conjunto está apoyado por imágenes, varias de ellas inéditas.

Esta historia no se somete a la lógica, a veces tiránica –la hemos experimentado en nuestra propia experiencia escribiendo historia– de la cronología. La cronología, los personajes, los períodos políticos, suelen ser corsets extremadamente peligrosos para estar atados a ellos. Pero, convendrán los autores en que esa ruptura tiene sus riesgos que pueden resentir la búsqueda de “armar el rompecabezas” por parte de los lectores.

Debemos cerrar estas ideas generales e iniciales con la pregunta de si estamos ante un texto definitivo. Si y no. Definitivo en la medida en que su consistencia y su seriedad lo colocarán como un hito inexcusable de nuestra historiografía. No, porque, como las autoras y autores han demostrado, el enriquecimiento progresivo de los estudios que se han ido realizando, sobre todo en los últimos cincuenta años, nos demuestra que tenemos mucho por descubrir y tenemos mucho por reelaborar. Probablemente, dentro de veinticinco o treinta años tendremos otros elementos, no me refiero al tiempo que viene sino a la lectura del tiempo que pasó, que hoy día no hemos acabado de dilucidar todavía, o no hemos descubierto en su plenitud. La veta que las autoras y autores han descubierto en nuestros archivos, es todavía un mar tan grande como el comparar el tamaño de un lago con el tamaño de un océano. Con todo lo que hemos avanzado, todavía estamos en el escenario de un lago y nos queda por redescubrir un océano que nos permitirá profundizar, modificar e incluso transformar la lectura de nuestra historia.

Vale aquí decir que se acabó definitivamente aquella idea de que una sola persona –por eso nunca dejaremos de admirar a Jorge Basadre– puede escribir una historia monumental. Bolivia no tenía un texto como este. Estamos hablando de más de dos mil páginas que abarcan el conjunto de nuestra historia. La Coordinadora de Historia lo ha hecho posible sin someterse al expediente de empalmar monografías. Aquí no hay un empalme, hay un trabajo hecho en común, un trabajo con un debate previo para armar el libro como un conjunto expresado en los seis tomos que lo conforman.

No podemos menos que sentirnos honrados por compartir con los autores en la Academia Boliviana de la Historia, en la Sociedad Boliviana de Historia y, por supuesto, haber sido alumnos de la Universidad Mayor de San Andrés. Nos unen lazos sentimentales e intelectuales, lo que nos permite una valoración en doble clave de esta nueva obra sobre la historia de Bolivia.

La Paz, 23 de julio de 2015